

JESÚS MAESO DE LA TORRE

TEODORA, LA CRISÁLIDA DE BIZANCIO

Del burdel al trono imperial de Constantinopla



HarperCollins
Narrativa histórica

JESÚS MAESO DE LA TORRE

TEODORA,
LA CRISÁLIDA DE
BIZANCIO

Del burdel al trono imperial de Constantinopla

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Teodora, la Crisálida de Bizancio
© Jesús Maeso de la Torre, 2021
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: CalderónStudio

Imágenes de cubierta: Ilustración basada en la obra *La emperatriz Theodora* de Jean Joseph Benjamin Constant y Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-699-4

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

PROEMIO

I

II

ALETHES LOGOS KRYSA LIS

I NASICA

II ARISTARCO, EL PITAGÓRICO

III LA INESPERADA DECISIÓN DE ARQUINA

IV LA HIJA DEL DOMADOR DE OSOS

V LA SÚPLICA DEL HIPÓDROMO

VI UN BANQUETE ACCIDENTADO

VII LA CISTERNA DE CONSTANTINO

VIII TRES CORTESANAS

IX LA DANZA DE LEDA

X LA HUIDA

XI LA SUBASTA

XII MANUMISSIO

XIII HECÉBOLO

XIV TORMENTO

XV PURIFICACIÓN

XVI MACEDONIA

XVII LA HILANDERA Y LA CARTA

XVIII JUSTINIANO, EL PASTOR

XIX KYRIA

XX EL PALACIO DE PÓRFIDO

XXI LECTUS NUPCIALIS

XXII SOFÍA

XXIII JÚBILO Y TRAICIÓN

XXIV JUEVES SANTO

XXV AUGOUSTAI

XXVI GADES, HISPANIA

XXVII NIKAI

XXVIII REBELIÓN

XXIX EL ÁNGEL EXTERMINADOR

XXX MISSUS JANUS

XXXI HAGIA SOFIA

XXXII LA TRAMPA

XXXIII EL AZOTE DE DIOS

EPÍLOGO ESTA CODA, O AÑADIDO, NO ESTÁ INCLUIDA EN LOS
PLIEGOS QUE ENTREGARÉ AL EMPERADOR PARA REIVINDICAR LA
MEMORIA DE TEODORA. PERMANECERÁ SOLO EN MI COPIA
PERSONAL

GLOSARIO

Si te ha gustado este libro...

La crisálida es la ninfa de una larva que experimenta una espectacular metamorfosis de capullo a imago y luego a mariposa. Permanece oculta en su sedosa envoltura hasta estallar a la vida con unas admirables alas doradas. Se denomina así al derivarse del griego *krysalis*, que puede traducirse como «de oro».

En su estado de inactividad aparente, representa en la naturaleza la victoria perfecta de un ser vivo. Tan bellas como frágiles, las crisálidas nos dan un ejemplo de superación, belleza y coherencia dentro del mundo natural. Parecen estar exánimes, pero en ellas se están originando cambios milagrosos. Confinada en su capullo, espera hasta transformarse en una criatura asombrosa y fascinadora.

PROEMIO

CONSTANTINOPLA, CAPITAL DEL IMPERIO ROMANO
JUNIO DEL AÑO DEL SEÑOR DE 548

Veintiuno del reinado del emperador Justiniano

I

El pueblo de Constantinopla madrugó para presenciar el entierro.

Abandonó sus lechos y yacijas y, a través de las desiertas calzadas y plazas de la Nueva Roma, flanquearon en silencio la iglesia de los Santos Apóstoles, donde serían inhumados los restos de la fallecida emperatriz Teodora, la augusta, la actriz erótica, la arribista, la hereje, la hija del domador de osos, que había sometido al flemático emperador Justiniano y gobernado a su antojo el Imperio romano.

Al amanecer había caído una copiosa rociada que lamía los tejados del palacio imperial de Constantinopla, y la luna, apenas un garabato en el horizonte, emitía una luz rasante y azulada.

Uniéndose al luctuoso ritual, celajes grises nublaban el faro Gálata, la Propóntide, Santa Sofía y las orillas azules del Cuerno de Oro, que olían a tierra mojada. Y con la amanecida, flotaban en el aire finísimas gotas de una neblina que colgaba a baja altura. No hacía frío y un brillo dorado iluminaba el cortejo fúnebre de la emperatriz muerta. Guardias palatinos portaban las andas que habían sido expuestas durante dos días en la Sala Dorada del Crisotriclino para el homenaje del pueblo.

Al compás de los timbales y de las tubas, la comitiva bordeó la avenida de la Mesê y el foro de Teodosio y se

dirigió lentamente al Panteón Imperial, que se erigía frente a la gran muralla de Constantino. En el acueducto de Valente, la plebe, los braceros del puerto, las prostitutas de la puerta Aurea, las ancianas y mozalbetes, alzaban las cabezas como gorriones para contemplar el ataúd. La aclamaban sin cesar, porque era una de los suyos, había dejado una huella imborrable y la habían amado.

—¡*Kyria*, Señora, bendícenos! —gritaban—. ¡Augusta, que Dios te acoja!

En los carruajes viajaban el *basileus* Justiniano, ataviado de negro riguroso y con el cetro de los césares en la mano, los príncipes y herederos y los miembros del Gran Consejo, luciendo las purpúreas togas *trabeatas*. Tras él formaba un regimiento con los estandartes imperiales, precedidos por el custodio de las leyes o *monofilax*, el estratega o general en jefe del Imperio, patricios, teólogos, cortesanos y los eunucos *cubicularii*, los más cercanos a la familia, que poseían gran poder en la corte.

Alcanzaron la grandiosa iglesia de las Cinco Cúpulas, en cuyo atrio los atendía el *sincelos*, el gran patriarca de Bizancio, Menas. Con su aspecto de profeta bíblico, iba ataviado con los indumentos sacros y estaba rodeado por una cohorte de obispos y jerarcas eclesiásticos. Menas saludó como era preceptivo a Justiniano:

—*Ho Helios Basileuei!* ¡El emperador es el sol!

—¡El sol reina en la Nueva Roma! —contestaron los guardias palatinos.

Más de doscientos cortesanos completaban la procesión fúnebre y más de un centenar de monjes recitaban responsos de difuntos a ambos lados del ataúd. La guardia palatina, los protectores o *excubitores*, ataviados con yelmos emplumados negros y armaduras doradas, portaba los sagrados *vexilla*, los lábaros de las legendarias legiones romanas de Augusto, Trajano, Adriano, Marco Aurelio y Constantino. El féretro de la reina, fabricado en abedul y cobre, se había cubierto con un manto púrpura, el color

imperial, y adornado con perlas blancas, el signo del luto regio.

En el templo reinaba la paz. Solo se escuchaba el rumor de las preces y el tintineo de los incensarios, que se mezclaban con el marcial paso de la guardia de honor. Las oriflamas de raso al viento y el llanto de la concurrencia resonaban como un bisbiseo de fondo, entre el rasgueo de los mantos arrastrándose por el pavimento.

Sonó como un clarín la recitación de los méritos de la emperatriz proclamados por el barbado Menas y todos asintieron y rezaron. Había sido una mujer excepcional, amada por casi todos y odiada por unos pocos. Justiniano, el Elegido de Dios, su doliente viudo, sollozaba. Para los romanos de Oriente, el emperador significaba el orden celeste en la tierra, que además disponía de sus vidas. Y por eso lo veneraban.

El patriarca recibió el cadáver de rodillas. Solemnemente lo asperjó con agua bendita, recitó el *Dum veneris* y lo ofreció a los venerables enterradores encargados de sepultar a los muertos imperiales. Su voz tonante resonó cascada:

—¡Teodora, Dios reclama el instrumento de tu salvación: tu cuerpo mortal!

Abrieron el portón del mausoleo y, en medio de un silencio religioso, fue depositado en un sepulcro de alabastro de Hierápolis, bajo la gran cúpula gallonada del Apostoleion, como llamaba el pueblo a la basílica apostólica. Alzada por Constantino en la cuarta colina de la capital, estaba embellecida con pórticos de serpentina, ahora llenos de un público taciturno, lloroso y devoto, que había acudido en masa.

—¡Emperatriz Teodora, ingresas donde la muerte no tiene dominio! —clamó.

La estancia oval estaba repleta de pebeteros de oro que exhalaban incienso de Arabia. De allí partían unas escaleras de pórfido que lo comunicaban con la mansión

subterránea de los Muertos Coronados, la cripta real, tan profunda como un aljibe seco. Los patricios aguardaron sin moverse, hasta que, pasado un rato de espera, aparecieron en el dintel los monjes, que clausuraron la puerta.

Teodora descansaría allí hasta el día del juicio final.

El sepelio era especialmente triste para uno de los presentes: Flavio Nasica, el eunuco Sakalión de la corte, el encargado del vestuario, ecónomo y escribano de la emperatriz. Un perfume dulzón a sándalo y azucenas oreaba la atmósfera, y lo aspiró para mitigar su ansiedad. El funeral le resultaba de una emotividad conmovedora. Emasculado siendo niño cerca de Cartago, el veleidoso destino lo había traído a la capital del Imperio.

Nasica, llamado también el Hispano por su nacimiento en Gades, vestía de forma elegante y no presentaba la acumulación de grasa ni la voz aflautada de los otros eunucos de palacio, tal vez por haber sido castrado por un experto chamán garamanta del desierto de Libia.

Bien formado, de manifiesta femineidad, mediana estatura, barbilampiño, corta pelambre gris plateada, ojos grandes y avellanados, nariz respingona y rostro moreno y agraciado, lo hacían el blanco de las miradas y apetencias de los efebos de Constantinopla, y también de las damas del palacio de Sigma.

Amigo íntimo de Teodora, casi un hermano, Nasica había sido durante treinta años el paño de lágrimas de la emperatriz, su cómplice, confidente y protector. Pero sus verdaderos talentos consistían en poseer una capacidad natural para tocar la lira y declamar los poemas de Píndaro, Safo, Lucrecio y Virgilio. Eran también proverbiales su encanto innato, ser conciliador de opuestos y persona de fiar.

Castrado y esclavo, había vivido con Teodora sus más penosos avatares, y también sus triunfos. Gozaba de una alta condición en palacio, de la confianza del mismísimo emperador, y disfrutaba de más influencia que muchos

senadores. El medio hombre sin testículos y sin verga, que frisaba los cincuenta y tantos años, no podía creer que su adorada Krysalis, como la llamaba su círculo más íntimo, hubiera muerto tras no poder superar el virulento tumor que le había abrasado el pecho y el vientre.

Flavio Nasica solo podía hacer la más elemental de las necesidades masculinas a través de una cánula de plata que llevaba prendida sempiternamente en su cinturón, aunque al principio había utilizado una vulgar caña.

Moriría virgen. Pertenecía a la poderosa fraternidad de los eunucos de palacio y por ser inmune a la lujuria, por la forma reservada de conducirse en sus asuntos y no tener familiares a los que favorecer, se había hecho acreedor de la confianza plena de sus señores, que le encomendaron misiones eminentes de Estado.

Solo poseía una afición desmedida: mantener un esmerado guardarropa personal que era la envidia de la corte y acrecentar una abastecida colección de papiros y libros escritos en todas las lenguas. No padecía la bajeza de la histeria, tan común en otros castrados, y los chismes de palacio no le interesaban. Eso sí, había desarrollado un instinto sutilmente femenino para detectar la perfidia en los que le rodeaban.

Hacía rato que no prestaba atención a la ceremonia y se agitaba en su particular melancolía. Cuanto lo rodeaba le resultaba indiferente. Teodora había cumplido los cuarenta y ocho años, dejándolo desamparado en una jaula dorada, que era una selva de envidias ocultas. Temía una vejez expuesta sin el amparo de la que consideraba su hermana, amiga y madre. La vida lo había entrenado para sobreponerse a cualquier pesar, pero estaba preocupado por su futuro.

La sumisión era inseparable a su condición de eunuco y no debía mostrar ningún sentimiento en público, pero su alma había caído en un vacío helado y le pesaban los

párpados de tanto llorar. Pero no había vuelta atrás. Conviviría con su recuerdo.

El castrado, en su desolación, volvió la mirada hacia el abatido Justiniano, soberano del Imperio y hombre repleto de rarezas e inseguridades. De sombrío espíritu, se había enamorado perdidamente de Teodora siendo aún príncipe, a pesar de poseer medio centenar de pretendientes de las familias patricias del Imperio. Siempre buscó la compañía de la eficaz y hermosa Teodora, que alegraba su cansado corazón.

Los acontecimientos de los últimos días pasaron por su mente como imágenes desordenadas e inconexas. El mundo se había convertido en un lugar incompleto para él. Se hallaba sobrepasado por pérdida tan desmedida, cuya alquimia solo conocen los que han estado cerca en la agonía de un ser muy querido.

El sonido de las campanas de la basílica lo devolvió a la realidad, hiriendo sus oídos. Centenares de súbditos, con las cabezas inclinadas y los gorros en las manos, habían cumplido con la despedida del ataúd de Teodora y regresaban a sus casas, al son de las cajas destempladas de los soldados y de sus sordos timbales.

El rito le había parecido a Nasica agotador y una última lágrima resbaló por sus pómulos. Era mediodía y un sol anaranjado colmaba de calidez el aire de Bizancio.

En aquel preciso momento, el eunuco volvió su rostro hacia el público.

Imprevistamente, un mozalbete, saltándose el riguroso protocolo, había salido como un meteoro de entre la muchedumbre, sorteando a la guardia que formaba una fila protectora. Con rapidez se dirigió directo hacia él, blandiendo una bolsa de cuero. Cuando estuvo a la altura de Nasica, y sin pronunciar palabra, se la soltó en las manos. El sorprendido eunuco no tuvo más remedio que cogerla. Y como había surgido, el chiquillo desapareció entre la multitud antes de que lo detuvieran los escoltas.

El emperador y la totalidad de los palatinos había observado atentamente la insólita escena, instantes antes de dirigirse a los carruajes. Semejante conducta les había parecido turbadora e incomprensible. ¿Qué significaba tal ofensa en momento tan luctuoso? El jovenzuelo se había comportado con osadía, y pensaron que habría aceptado el encargo de hacer visible la entrega por unas monedas, pues sus ropajes y aspecto eran los de un vulgar ladronzuelo.

Flavio Nasica, estupefacto, ojeó la bolsa y vio que contenía cuatro rollos escritos. Una mirada de asombro dirigida al emperador le bastó para comprobar la inmensa sorpresa y desconfianza de su augusta majestad. El emasculado encogió los hombros desconcertado, sin saber qué hacer. Era ajeno a maniobra tan inoportuna.

No obstante, el enigmático remitente había sembrado la alarma. ¿Era eso lo que pretendía el anónimo ejecutor? Al parecer se había asegurado de que llegara al destinatario apropiado, que lo vieran todos los palaciegos —y sobre todo el emperador— y que se convirtiera en un incomprensible misterio y la anécdota del sepelio. El castrado pensó que no debería tratarse de cosa baladí, y le produjo un escalofrío. En época de desconfianzas, habladurías y perfidias cortesanas, semejante suceso constituía por sí solo un signo de alto riesgo.

Su mente se quedó en blanco y su rostro demacrado como la cera. Se acomodó en su palanquín y cogió el primero de los rollos de papiro, el que estaba marcado con el número I. Leyó el título y resultó, como sospechaba, un estrépito para la paz del Imperio: *La historia secreta de Teodora y Justiniano*. ¿Secreta? ¿Ignorada? ¿Maledicente?

Solo las primeras líneas le bastaron para deducir que el mensaje que encerraban aquellos textos condensaba la pura esencia de la más alta traición.

Tenía que entrevistarse con el emperador de inmediato.

El eunuco de cabello lleno de hebras plateadas, Flavio Nasica, estaba desolado.

II

Un día después, Nasica, tras horas de lectura sin pausa, estaba preocupado.

Al penetrar en la sala privada del emperador, precedido por el maestresala, eunuco como él, Justiniano dialogaba con el *hypatos filosofon*, el cónsul de los filósofos bizantinos, como acostumbraba cada mañana.

El religioso Sósilo, un hombre de piel transparente y delgadez mística, miró al castrado con desconfianza.

Nasica lo ignoró. Era un hipócrita.

—*Adsumus!* ¡Heme aquí, serenísima majestad! —saludó al soberano humillándose en tierra y bajando la mirada.

El emperador puso mala cara y le ordenó levantarse. ¿Podría explicar el eunuco predilecto de la emperatriz fallecida el incidente de la víspera? ¿Qué revelaba tan absurda pantomima? ¿Significaba alguna traición oculta?

Unos divanes, una mesa baja hexagonal de taracea con copas y una jarra plateada, azulejos de Iznik y cortinas damasquinadas decoraban el aposento.

Nasica permaneció de pie abrazado a la enigmática bolsa que parecía proteger de cualquier mirada. Pensó que iba a ser difícil el esclarecimiento. ¿Cómo iba a exponer sin disgusto del *basileus* lo que había leído en aquellos cuatro capítulos?

—Habla y explícate, Nasica —retumbó la voz del monarca—. Esa sorprendente entrega, en momento tan doloroso,

preocupó a la corte y a mí. ¿De qué se trata?

No tenía nada que ocultar, pero lo que pretendía revelar heriría los oídos imperiales y los de Sósilo, el eclesiástico confesor de la familia imperial.

—Se trata de un falsario libelo contra vuestras augustas majestades —balbució.

Sus palabras cayeron como una lápida en su tumba. Atenazado por la duda y la vacilación, el castrado no podía dar respuestas, pero sí evidencias. La verdad era palpable. Un desconocido enemigo de la corona, una vez muerta Teodora, que no hubiera dudado en despellejarlo vivo, estaba decidido a sacar a la luz una perversa y ficticia biografía del matrimonio imperial para denigrarlo. ¿Pero qué oculto poder lo protegía para obrar con tanta temeridad?

Inaudito pecado de lesa majestad, a todas luces.

Nasica temió por su seguridad. Aquel irritante asunto podía acarrearle la fulminante expulsión de palacio por creerlo partícipe de la felonía. Siguió un engorroso silencio y, abriendo la bolsa, extrajo los rollos de pergamino, que el gobernante y el eclesiástico miraron como si se tratara de un arcano inaccesible.

—Vivimos tiempos tumultuosos, augusto señor, y un enemigo de la familia regia ha tenido el atrevimiento de biografiar vuestras vidas con la tinta de la hiel más execrable, intentando infamaros —reveló trémulo—. Ignoro si esta copia es la única existente, o pronto las librerías del foro Arcadio inundarán la ciudad de estos libelos inmorales y falsos.

—No lo creo —soltó el soberano—. Le va la vida a quien lo haga.

—¡Tal vez se trate de un pagano animista, de un hereje sin alma! —dijo Sósilo.

Justiniano estaba fuera de sí. No soportaba las deslealtades.

Nasica, a pesar de la actitud desafiante del monarca, intervino de nuevo.

—Mi augusto, el anónimo autor parece conocer la vida de palacio, pero el papel utilizado, el *cursus*, y la tinta *atramentum* no pertenecen a la curia imperial. Más bien los juzgo de un monasterio. No aparecen errores de grafía y posee un cuidado estilo.

El emperador apretó los labios.

—¿Y por qué crees que te lo entregaron a ti, Nasica?

—¿Cómo saberlo, majestad? Tal vez por mi cercanía a la augusta, que el Creador tenga en su gloria. No soy persona principal, aunque sí conocido en palacio.

—El mal ya está hecho. ¿Y qué disparates más sonados contiene? ¡Dime!

Nasica tragó saliva y las piernas le temblaron. Tenía miedo a su reacción.

—Veréis, magnificencia. En esta primera entrega de cuatro capítulos, en la que se anuncia la difusión de más, destacan los desatinos más disparatados que podáis pensar. Comienza así. Os leo: *No voy a acobardarme ante las dimensiones de mi tarea, pues confío sin duda en que mi libro no va a carecer del apoyo de testigos. Es la verdad del desgobierno de esos dos demonios llamados Justiniano y Teodora, cuya ambición, tiranía y vida lujuriosa y entregada al vicio claman al cielo.*

Retumbaron las palabras de Nasica como un aldabonazo en la noche. El augusto no se esperaba tamañas ignominias, aunque estaba acostumbrado a anónimos injuriosos. Había especulado con otro móvil, pero no de esa naturaleza.

—¡Por las espinas de Cristo! ¡Qué infamia es esa! Prosigue.

—¿Quién entre los hombres venideros podría conocer la licenciosa vida de Semíramis, o la locura de Sardánápalo y Nerón, si no hubieran dejado recuerdo de estas cosas los literatos de entonces? Por estas razones procederé a

revelar cuántas infamias cometieron los augustos Justiniano y Teodora en el tiempo de su venal reinado conjunto.

—En todo gobierno se cometen excesos, pero esas bajezas son inciertas —dijo.

—En el prólogo comienza hablando de vuestra majestad. Dice: *En cuanto al carácter de ese bárbaro de Justiniano, no podría referir una descripción exacta de él, pues es un hombre perverso y voluble, malvado y necio a la vez. Es alguien que no dice la verdad a aquellos con los que habla, sino que siempre pretende confundir en todo lo que hace o dice y que al mismo tiempo se entrega sin reserva a los que pretenden engañarle. El emperador es una extraña mezcla de demencia y maldad. Ese orejas de asno es un taimado, embaucador y falsario, que posee una cólera soterrada. Es el más consumado artista para disimular su opinión, y gobernante capaz de verter lágrimas de sus súbditos, no por placer o dolor alguno, sino fingidamente para la ocasión del momento. Y redacta sin vacilar escritos en los que sin motivo alguno se ordena ocupar tierras, quemar ciudades y esclavizar a pueblos enteros.*

Nasica hizo una pausa. No se atrevía a proseguir. Justiniano bramaba.

—¡Es una burda mentira, basura! ¡Sigue, por todos los santos! —lo animó clavándole su mirada.

—Este anónimo intrigante, serenísimo César, se ha atrevido también a verter su amargor sobre la augusta, y mis labios tiemblan al leerlo —dijo y suavizó el tono de su voz, para hacer más tenue el furor del *basileus*.

—Conozcamos el grado de traición de ese malnacido. ¡Termina ya, Nasica!

—*En cuando a la mujer con la que se casó, Teodora, a la que sus devotos llamaban Krysalis, como los gusanos que se retuercen sobre sí mismos, se arrastró desde muy pequeña de burdel en burdel, y tras engañar a todos los amantes con los que se unió, arruinó desde sus cimientos al*

Estado romano. Y aún es llamada por muchos súbditos el Ángel Exterminador del hipódromo. Teodora, mujer venenosa, desvergonzada, lasciva y despiadada, obedecía solo a su daimón, su demonio particular. Hembra ambiciosa, adquirió un extraordinario poder y amasó una enorme fortuna, pues su regio esposo permitió con su gobierno despótico que arruinara al pueblo y a todo el Imperio de los romanos. El cielo la maldiga.

Un rubor de ira mal contenida asomó en el rostro rasurado de Justiniano, que de un manotazo arrojó al suelo su copa. Estaba fuera de sí. Encolerizado.

—¡Basta, Nasica! —gritó el monarca confuso—. Dame esos papeles.

—Ya sabéis, augusto, que lo que más irrita a los hombres es ver a una mujer de baja extracción alcanzar el poder. La agraviarán y la humillarán a la menor ocasión. Y su ascensión a la sede imperial resultó tan asombrosa como envidiada. Tras ser una chiquilla sin nombre ha entrado en los anales de la historia de Roma, y no se lo perdonan. No se vio cosa igual, pero resulta evidente que este panfleto es fruto de la envidia y del rencor de un espíritu vengativo y mezquino.

—Cierto. Por sus méritos y virtudes fue una excepcional reina. Tú la conocías bien —adujo el emperador, nervioso y excitado.

El filósofo se removió en el diván con el rostro lívido, y declaró:

—Es un libelo grosero que merece la horca para su autor. La emperatriz era una cristiana creyente, una sierva de Dios, y una dama desbordante de nobleza, majestad.

—Pero ¿quién es su autor? —dijo airado el augusto, quien, tras ojear los amarillentos folios, se los pasó al eclesiástico, que los estudió con recelo.

Nasica recordó al emperador el peligro que encerraba el hecho.

—Lo ignoro, pero amenaza con seguir publicando más difamaciones, augusto.

—No verá la luz ninguna parte más. Yo lo cortaré de raíz —aseguró el monarca.

Justiniano volvió su rostro apesadumbrado. Y lleno de arrebatos, dijo:

—Bien, Nasica. Corre el más férreo de los cerrojos en tus labios, o te cortaré las manos y la lengua, si alguien conoce el contenido de esta difamadora calumnia. Nadie debe estar al corriente de lo que encierran estos obscenos papiros. Has obrado inteligentemente. Otro los hubiera divulgado por un puñado de monedas.

El eunuco captó la mirada bovina del soberano y movió tajantemente la cabeza.

—No yo, majestad. Ya conocéis mi fidelidad hacia vuestra familia.

Sósilo reparó en el desasosiego del emperador y manifestó:

—La mentira y la falsedad son la espada de los espíritus mezquinos. No le concedáis crédito y olvidaos de ese farsante, para quietud de vuestra alma, majestad.

Justiniano, tras un rato que se hizo eterno, alzó la mano e interpeló nervioso al viejo filósofo. Aquel asunto, tras la muerte de Teodora, lo había apesadumbrado.

—¿Quién pensáis que ha podido escribir esta enigmática burla, Sósilo?

El clérigo frunció el ceño, y siguió ojeando los pliegos. Movié luego la cabeza y se llevó varias veces la mano a la boca. Después se pronunció:

—No sé, no poseo ninguna certeza, mi César —se mostró dubitativo—. En la Nueva Roma, tan solo Procopio, Juan de Éfeso, Teófanos, al que llaman el Confesor, y el *magister* Miguel el Sirio serían capaces de expresarse con este estilo tan pulcro —insistió el anciano—. Pero los cuatro os aman y reverencian, y son hombres de honor. Esta inmundicia ha sido dictada a un amanuense por un sujeto docto, pero de

alma calumniosa. Un enemigo declarado del Imperio que obra en la oscuridad. Pienso que, por su naturaleza desconocida y astuta, será muy difícil desenmascararlo, majestad.

Justiniano reflexionó sobre la opinión del venerable Sósilo. Luego apuntó:

—Tengo a la persona que puede averiguarlo.

—¿Quién, augusto?

—Narsés, ¿quién si no? Es un eunuco, pero posee la fe y la pasión de un hombre entero, y su veneración por mi esposa hará el resto. ¿Lo piensas así, Nasica?

—Indudablemente, mi emperador. Descubrirá este repulsivo delito.

—Búscalo y que se presente ante mí. Su red de agentes nos sacará de dudas muy pronto. Sus métodos son persuasivos y eficientes. ¡La memoria de mi esposa no debe ser mancillada por ninguno de mis súbditos! —gritó fuera de sí.

El mutismo se adueñó del lugar, y la sonrisa se desvaneció del rostro del emperador. Por su mente pasaron borrosas conjeturas y motivaciones inexplicables. Pero deseaba conocer la verdad.

Nasica se marchó decepcionado de la sala imperial. No obstante, una idea asaltó al hispano mientras caminaba hacia la cancillería en busca del militar, administrador y fiel ministro, el liberto armenio Narsés, gran chambelán de palacio y general de las legiones de Occidente. Nasica poseía cartas, documentos y recuerdos imborrables de la augusta, que además nadie conocía y que podía contraponer a la insidiosa biografía que le había sido entregada tan teatral e inoportunamente.

«Redactaré una biografía de Teodora para contrarrestar esta ofensa», pensó.

Si conseguía concluir la, restauraría su sosiego interior y el espíritu inquieto del emperador. Trabajaría día y noche y asumiría incluso el compromiso de acabarla antes de que

aparecieran las otras partes infamantes y anónimas de la vida de los augustos, como habían amenazado. Únicamente tenía que ordenar evocaciones y revisar legajos originales. Además, su mano era ligera en el arte de la pluma.

La memoria de Teodora seguía intacta en él, su olor, sus inmateriales sueños y sus confidencias, frente a la ruina total que suponía su pérdida. Y sobre esas gotas impalpables del pasado edificaría el relato de su azarosa vida. Estaba decidido.

Al entrar en su cámara se echó hacia atrás.

Los haces de luz solar que se filtraban entre las nubes iluminaron de lleno la mesa baja donde solía sentarse a leer y escribir. Los dos asientos habían sido movidos imperceptiblemente. Él era un obseso del orden y lo advirtió al instante. El mueble había sido fabricado por expertos carpinteros de Trebisonda que lo habían equipado con un cajón secreto en el bajo fondo. El eunuco miró a su alrededor con inquietud. ¿Habría entrado alguien en su habitación? Sintió una incómoda sensación.

Intuyó que lo estaban observando. Miró, pero no vio a nadie.

Un grupo de eunucos negros, sudaneses y del Bajo Nilo, a los que conocía por sus nombres, vigilaban el lugar y lo habrían alertado. Se acomodó y alargó la mano debajo de la mesa donde estaba el artilugio oculto. Allí guardaba sus documentos más queridos y comprometidos: órdenes imperiales, cartas y detalles de gastos de Teodora, informes de gobernadores afines a la emperatriz y comunicaciones personales de los emperadores. Todos legajos insustituibles.

Con los labios apretados empujó el resorte y se abrió el compartimiento disimulado, de donde extrajo un cartapacio de cuero floreado que abrió con ansiedad. Sus ojos miraron azorados los documentos uno a uno. Parecían estar todos. De repente se detuvo. Sus ojos se entrecerraron por un momento y soltó un bufido.

—¡No, por Dios vivo! Se han llevado el escrito más comprometido de la vida de Teodora —musitó.

Se trataba del aviso que habían recibido otros cortesanos y él mismo para tenderle una trampa al prefecto del Pretorio, Juan de Capadocia, en el palacio de Rufinianas. En vida había sido el enemigo más cerval de la emperatriz, y la comprometería ante la historia, pues se había valido de un astuto subterfugio para buscar su ruina. En él se le ofrecía la corona del Imperio, para luego acusarlo de robo y de un asesinato. Teodora nos explicaba en unas líneas de su puño y letra cómo había de tenderle el engaño para precipitar su caída de las más altas magistraturas.

«Los rivales de Teodora no pararán hasta ver profanada su tumba. Aunque esta, siendo una jugada magistral, no fue uno de sus más honorables actos», pensó.

Callaría la sustracción pues podría comprometerlo ante el emperador.

No le cabía duda. El anónimo autor de la calumniadora biografía de Teodora pertenecía al círculo de palacio y a quienes participaron en la trampa. Nasica se veía indefenso, pero no podía acusar a nadie. Investigaría por su cuenta.

«Es obligado escribir cuanto antes los hechos reales que vivió Teodora, o su memoria quedará para siempre gravemente infamada en la historia de Roma. Ella así lo desearía», reflexionó el eunuco, decidido a escribirla.

Su amada Krysalis había muerto, pero sus enemigos se alzaban como fantasmas implacables para pulverizar su presencia en la historia de Roma. No contaba con su coraje, inteligencia y lucidez para sembrar el mal, y se adueñó de él la inquietud. Comprobó que las bolsas de sólidos de oro, dos libras, seguían en su sitio. El fisgón no era un ladrón, simplemente buscaba comprometer a Teodora con un acto político de escasa legalidad que pertenecía a su pasado oscuro.

Soliviantado e irritado por la violación de su escritorio, el Hispano tomó un puñado de cálamos de caña, una resma de papiro finísimo de Alejandría, el llamado por los amanuenses «augustal», y tinta de Arabia, y encendió varios candiles.

E impulsado por el más noble de los enojos, anheló intensamente contestar a la despreciable biografía atestada de embustes y de animosidad que le habían entregado tras el entierro. Solo así borraría el descrédito de su hermana Teodora. Le urgía esclarecer la verdad y recuperar su reputación, y en menor medida la de su esposo.

Durante treinta años, Teodora y él habían establecido perdurables lazos sobreviviendo a los más penosos sucesos, como apátridas errantes. Sabía que era solo un medio hombre, tardíamente encumbrado, pero no ocultaría nada, pues de hacerlo, caería en el mismo error que su anónimo enemigo: la mentira, la exageración falaz y la difamación patrañera de una sorprendente hembra, quien, con sus claros y sombras, había engrandecido Roma.

Su cubículo del palacete de Dafne era el lugar ideal para escribir y sintió el soplo de la brisa vespertina del Bósforo y los rumores acuáticos del jardín imperial. La luz refulgía como un espejo de oro y Constantinopla se asemejaba a un incendio.

ALETHES LOGOS KRYSSALIS

LA CRÓNICA VERDADERA DE LA CRISÁLIDA

El Imperio llora aún la muerte de Teodora.

Voy a relatar su historia una semana después de su inhumación y aún me obsesiona esa mujer, objeto de mi fascinación, a la que tanto odiaron algunos arrogantes cortesanos de palacio. En este mundo de sangre, codicia y ansias de poder, fue el único ser humano que me hizo sonreír y sentirme seguro y sin miedos. Lo merece su memoria, que viene a demostrar la importancia que posee el azar en el destino de los mortales.

Siempre he sido persona de buena fe, y por eso alabo a los viejos romanos que la elevaron a la memoria con la categoría de diosa, y le dedicaron templos y santuarios. Trazaré con ese principio unas pinceladas sobre la semblanza de los dos principales personajes de la narración y del escenario donde actuaron, ineludibles para entender este relato. En el idioma de Horacio, «recordar» significa «volver a pasar por el corazón», y Teodora reinó única en el mío.

Las palabras escritas, siempre lo he creído, por encima del propio aliento, nos protegen de las inapelables desventuras de la vida: la caducidad y el olvido.

Las olas de la Propóntide están encrespadas y el sol penetra en mi estancia bañando de luz los cálamos y papiros y la vasija de vino de Lesbos, que incitará las alas de seda de mis recuerdos, ahora que mi corazón se ha convertido en roca dura. He encendido los candiles de *oleum* hispano y siento mis manos y mi mente entumecidos.

Sé que serán días y tardes de introspección, y noches de luna y escritura. Me será difícil exhumar algo que ya creía perdido, inerte, llorado, aceptado, maldecido y ensalzado. Pero no deseo dejar la memoria de Teodora a merced de las fauces de los perros.

Teodora, cuyo nombre significa «don de Dios», fue una mujer tan hermosa como seductora, a la que el trono no consiguió despojar de la dulzura de su sexo. Fue un huracán de sentimientos, una cazadora de su propia inmortalidad y de una leyenda propia, que vivió bendecida por la providencia, pero maldecida por los poderosos al intentar alcanzar la púrpura imperial. Pero ella, y solo ella, mujer previsora y sensible, consiguió una de las ascensiones más admiradas y deslumbrantes de los anales de Roma.

Como toda niña que pierde a su padre pronto, no se relacionó con el mundo de forma satisfactoria. La infancia, que debe ser una época de despreocupación y de juegos, ella la vivió de forma escabrosa. Siendo hija de Afrodita, quien se le apareció en sueños en repetidas ocasiones según sus revelaciones, probó experiencias eróticas que sonrojarían al mismísimo dios Príapo.

A caballo entre dos mundos, el de la indigencia y el del poder, destacó como figura eminente en el caos del mundo. Alivió la miseria de los más desfavorecidos y, en la cumbre del poder, vivió un sueño vedado a los de su condición. Muchas emperatrices de Roma acabaron convirtiéndose en prostitutas, ella, al contrario, fue una meretriz de lo más bajo, y terminó alcanzando el trono.

Yo conocí su verdadero secreto. Teodora poseía las cualidades que le son exclusivas a los varones, y por eso fue vista como una mujer intrusa. En verdad Teodora superó al más excepcional de los hombres de su tiempo. ¿Quiero expresar con esto que poesía rasgos masculinos, o formas viriles? De ningún modo. Era una hembra perfecta,

pero hecha de heroísmo, capacidad de sacrificio, generosidad, lealtad y firmeza.

Teodora lució desde muy niña una tupida cabellera negra que, cuando se recogía con peinecillos de malaquita, marfil o plata, resultaba una fuente de tentaciones. Sus ojos, grandes, rasgados y oscuros, quizá por el efecto del kohl, magnetizaban a quien se prendía en ellos. ¿Y qué decir de su piel? Unos decían que era de alabastro, nardo, leche y nuez, y otros de jaspe y almendras, pues era tersa y blanca y resplandecía con la luz del sol. Irradiaba gentileza y su silueta era la de una estatua de Venus Áurea.

Teodora era el paradigma de la fragilidad, pues era menuda y esbelta, y parecía que con el mero contacto pudiera desvanecerse, pero soportó con perseverancia el peso de la púrpura. De cuello largo, nariz griega, boca sensual y pechos gráciles, su figura resultaba perfecta y armónica y, además, gozaba del don del embrujo femenino. Caminaba de forma ondulante, y en cierto modo provocadora, quizá por la seguridad que siempre dimanó de ella, o tal vez por la magia que confiere la hermosura femenina y después el poder.

Y cuando recibía en el salón del trono a los embajadores y reyes, la *augoustai* Teodora, ataviada con el *toraquión* imperial, con su manto, estola y clámide de púrpura, y engalanada con la diadema de zafiros y los colgantes de perlas que le llegaban a los hombros, se asemejaba a una diosa descendida del Olimpo tras su impenetrable imagen de respetabilidad y gloria.

Mantuvo desde pequeña la pasión por las cosas imposibles, y su existencia fue una perpetua lucha para lograr sus sueños, ya que no toleraba el mundo donde vivía. Nada la desalentaba. Lo sé bien. Su agilidad mental y su ausencia de pudor todo lo conseguían. El mundo no le regaló nada, pero ella se lo robó todo, y quedó atrapada en un territorio de luz de penumbras. Ambicionó la autoridad del Imperio con frenesí, al que llegó como una Magdalena,